

La llanura costera cuaternaria es una cuenca endorreica formada por terrenos aluvionares y coluviales, constituidas por calizas, margas que comprende desde Benicásim/Oropesa del Mar hasta el área lagunar del Prat de Cabanes-Torreblanca, limita al oeste por las cadenas litorales triásicas, jurásicas y cretácicas, correspondientes tectónicamente a la zona oriental fallada formadas por las sierras del Desert, de Orpesa o del Señor, Ferradura y Na Vives, y por el norte con la sierra de Irta, abarcando una extensión actual aproximada de unos 60 kilómetros cuadrados. El cuaternario pues, lo constituyen conglomerados heterométricos de cantos rodados de areniscas y calizas, arcillas, fosilizadas por el caliche (Canerot, 1974).

En las tierras costeras de Castellón no se conocen en la actualidad, ni playas fósiles ni depósitos tirrenienses, debido a que el glacis de piedemonte formado por materiales conglomerados brechoides se halla sumergido bajo el nivel del mar. Solamente se ha detectado la presencia muy maltrecha de este glacis pleistocénico en las llamadas Platgetes de Bellver en Oropesa del Mar, donde se ha comprobado la presencia de fauna continental, hecho que demuestra una fuerte subsidencia o hundimiento de la plataforma costera continental.

Por otra parte, se han señalado restos de dunas fósiles, posiblemente una del periodo risiense, constituidas por eolianitas grises cubiertas por formaciones brechosas holocénicas, entre la Torre de la Sal y el Cabo de Oropesa, y otros restos atribuibles a un momento regresivo würmiense (estadios isotópicos 4 a 2).

El paleoambiente de este territorio costero está todavía por investigar, aunque es probable que la actual línea de mar se hallaría durante el periodo de la glaciación mindel alrededor de unos 30 kilómetros mar adentro por causa de la regresión marina mendeliana, dejando al descubierto los fondos de la actual plataforma continental hasta un máximo de 120 metros de profundidad. Esta regresión a causa de las fluctuaciones glacioeustáticas permitiría unir el archipiélago de Columbretes, distante de la costa de Oropesa unos 67 kilómetros, pues la isobata entre dicho archipiélago y la línea costera continental es de -80 metros. El islote de la Columbrete Grande, presenta los restos de una playa levantada tirreniense. El fondo marino del islote se encuentra a unos 90 metros de profundidad. Ello conlleva una extensión de tierra firme durante este periodo de más de 60 kilómetros de anchura, lo cual permitiría la circulación de los grupos de homínidos del paleolítico inferior (*Homo erectus* u *Homo heidelbergensis*), y cuyos asentamientos en campamentos al aire libre se encuentran muy posiblemente sumergidos en los fondos submarinos actuales.

Además los fenómenos de basculamiento de la línea costera ocasionaron todo un conjunto de hundimientos que provocaron la regresión de la costa, lo cual ocasionó la práctica ausencia de playas fósiles tirrenienses, durante el pleistoceno medio y superior.

En nuestro caso el poblamiento humano en sus primeras fases evolutivas es prácticamente inexistente. No se han hallado restos fósiles de homínidos, sino una exigua muestra de restos de cultura material. Estos grupos, con una baja demografía recorrerían los piedemontes y las tierras llanas cuyo medio físico durante el pleistoceno era totalmente distinto al actual y que lamentablemente desconocemos totalmente.

Las evidencias de la presencia de grupos de *H. erectus*/*H. heidelbergensis* en el territorio del entorno de Torre la Sal, son muy escasos y pobres (Fig. 1). El Cau d'en Borrás y Villa Gallén, ambos en el término de Oropesa del Mar y un hallazgo aislado en la sierra de Les Palmes, en Benicásim, al igual que el útil recogido en las cercanías de la Torre de La Sal.

El yacimiento de Cau d'en Borrás lo forma una covacha-sima abierta en roca caliza carstificada, en la ladera sudeste de la sierra de Orpesa o del Señor, por encima del piedemonte del glacis cuaternario de la llanura litoral, a 140 metros sobre el nivel del mar. Formada por una estrecha y corta entrada que daba acceso a una diaclasa vertical de más de 10 metros de profundidad colmatada por sedimentos brechoides. Constituye un refugio esporádico, dada su estrechez y angostura. En la cota de -6 metros, se recogió un pequeño lote de útiles fabricados en piedra caliza formados por dos percutores, una lasca de talón cortical, dos percutores y un núcleo adscribibles a la "pebble culture" (Fig. 2, 1); en el exterior se recogió una pieza unifacial tipo *chopper* de una única extracción,

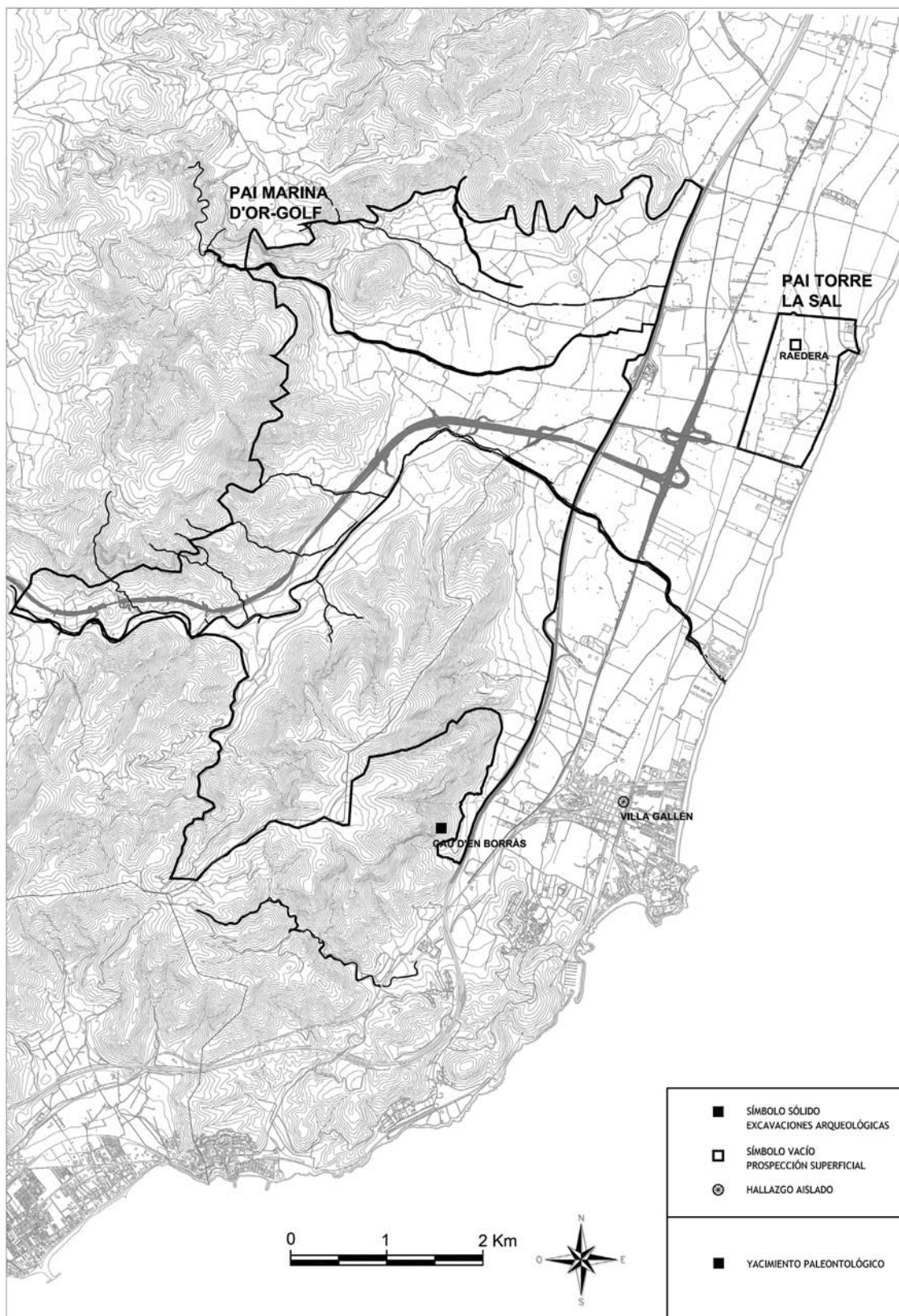


Figura 1.– Mapa de las primeras evidencias paleolíticas de la zona de estudio.

y diversos restos de fauna pleistocénica, formados por cabra salvaje de gran antigüedad (*Hemitragus bonalis*), lince, pantera, gato salvaje, cánido silvestre, oso de pequeña talla (*Ursus plionarctos*), puerco espín, topo, bóvido, y óvido. La datación más probable corresponda a un momento del mindel final (Carbonell, Estévez, Gusi, 1979; Gusi, Carbonell, Estévez, 1982). El análisis bioestratigráfico señala un indicador de cronología relativa en torno entre el final de mindel y los inicios del mindel-riss (350-300 ka).

El hallazgo aislado al aire libre en un viñedo de la Villa Gallén, situado cerca de la estación de ferrocarril de Oropesa de Mar, consistió en un pequeño bifaz ovalado de filo transversal en sílex negro (Fig. 2, 3-4). El terreno próximo en donde apareció dicha pieza, perteneciente a la mencionada propiedad de la antigua Villa Gallén, presentaba unas afloraciones brechosas de origen coluvial, conteniendo restos de macro y microfauna fosilizados que lamentablemente no fueron recogidos.

La pieza ha sido clasificada como del achelense inferior y por tanto fechable en el interglaciar mindel-riss (Esteve, 1956, 125). Ante la nula información obtenida no se puede asegurar su pertenencia a dicho periodo, aunque quizás muy probablemente por su tipología lítica se la podría encuadrar dentro de un momento inicial del interglaciar riss-würm (250-200 ka), perteneciente a un musteriense inicial de tradición achelense, pero tampoco ello es seguro.

Otro hallazgo casual al aire libre, lo constituye una raedera llevalloiso-musteriense de borde recto sobre lasca, recogido en un punto indeterminado de la Serra de les Palmes (Castellón de la Plana/Benicásim) (Jordá, 1951) (Fig. 2, 2).

En el cribado de las tierras procedentes de las excavaciones furtivas del Cau d'en Borrás se detectó una raedera convexa o punta denticulada, muy posiblemente de fase incierta musteriense (200-50 ka).

También se debe de mencionar una raedera denticulada tallada en sílex, hallada durante las prospecciones en un naranjal próximo a la Torre de La Sal (Fig. 2, 5-6). La filiación crono-cultural de la pieza es incierta, pero en nuestra opinión pertenece a un momento del pleistoceno superior.

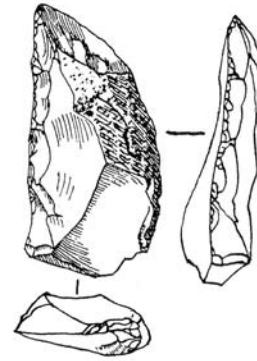
La localización de los hallazgos de piezas líticas, parecen distribuirse a lo largo de la franja costera que, como ya hemos comentado, presentaría unas características geográficas diferentes a las actuales; el marco estructural estaría formado por amplios abanicos aluviales que entre el pleistoceno superior y sobre todo a lo largo del holoceno, acabarán por dividir en dos lo que debió ser una antigua albufera que se desarrollaría entre Torreblanca y Orpesa (Segura, Sanjaume, Pardo, 1995, 142). Además, a pocos metros de la actual línea de costa se han podido detectar niveles de playas y dunas fósiles tirrenienses sumergidas que se interpretan como indicios de la existencia de otras albuferas en la actualidad situadas mar adentro (Segura, Sanjaume, Pardo, 1995, 145).

Los hallazgos documentados, aun siendo significativamente escasos, señalan la presencia más o menos esporádica de poblaciones paleolíticas que recorrían las tierras llanas o el piedemonte de las sierras costeras, aplicando una estrategia territorial de localización de territorios, a fin de conseguir recursos para la subsistencia de los diversos grupos de cazadores-recolectores pleistocénicos. En este entorno cabría enclavar las comunidades paleolíticas que pudieron ocupar la zona, revelando una secuencia adaptativa en la que las diferentes comunidades conviven y se aprovechan del medio sin llegar a transformarlo, usando técnicas recolectoras y cinegéticas cada vez más complejas, como la selección en la obtención de recursos o el aprovechamiento máximo en la elaboración del instrumental, constatado en el registro arqueológico a través de la evolución de los tecnocomplejos líticos y óseos, en los que se observa un proceso más depurado de extracción y talla de la materia prima. Pero las estrategias de subsistencia, no solo manifiestan procesos que, en definitiva, acabarán marcando las pautas de una mayor especialización y diversificación alimentaria. Las respuestas dadas por el grupo en este sentido, dejan ver que su finalidad primordial era la adaptación al medio circundante, el cual puede definirse como la capacidad de cualquier organismo de implicarse con el medio natural para alcanzar un aprovechamiento subsistencial de dicho entorno para su supervivencia.

A la vez, estas primeras comunidades, de las que apenas conocemos hasta hoy más que una muestra mínima de los artefactos que fabricaron, se integran en un medio que es percibido bajo unas estructuras socio-culturales muy diferentes a las de las comunidades que más tarde ocuparán este mismo espacio. Características como la movilidad, la fragilidad de la cultura material –rasgo por otra parte necesario para los grupos móviles–, su dependencia del medio, y las estrategias de subsistencia



1



2



3



4



5



6

Figura 2.- 1. Útiles recuperados en Cau d'en Borràs. 2. Raedera llevalloiso-musteriense de la Serra de Les Palmes (según Jordà, 1951). 3-4. Anverso y reverso del bifaz ovalado de Villa Gallén. 5-6. Raedera denticulada hallada durante las prospecciones de Torre la Sal.

adoptadas como la recolección y la caza –que algunos autores asumen como aleatoria y oportunista– (Criado, 1993, 22), hacen que sean percibidas como comunidades imbricadas en la naturaleza que no llegan a alterar el entorno y que, en consecuencia, no precisan “...*generar medidas de orden social para evitar la alteración del medio...*” con lo que adoptan una actitud “...*pasiva frente a la naturaleza...*” y con ello deberíamos hablar de un “...*paisaje ausente.*” (Criado, 1993, 22). No obstante, la ausencia de este paisaje debe ser entendida desde la intencionalidad de la transformación del medio, que viene mediatizada por su inferencia a través del registro arqueológico conservado. Si bien la apropiación del espacio, su transformación y estructuración, quedan evidenciadas en el registro para las comunidades que posteriormente se asentarán en este ámbito –en nuestro caso a partir de la puesta en práctica de estrategias de producción–, no podemos pasar por alto que nos encontramos ante el problema del registro arqueológico conservado. Se nos escapa pues la percepción del medio que tenían las comunidades paleolíticas que, a buen seguro, ocuparon el ámbito de estudio que estamos analizando. Acciones tan cotidianas como la decisión de asentarse en un lugar, aunque sea de manera temporal, fabricar útiles, preparar alimentos o encender un fuego –por mencionar algunas que podrían ser documentadas en el registro arqueológico– están marcadas por estructuras mentales socialmente construidas y que no necesariamente deben ser creadas bajo premisas de intencionada perdurabilidad. Así, la apropiación del espacio y con ello la construcción simbólica del paisaje en una comunidad, puede manifestarse de múltiples modos sin manifestarse en el registro arqueológico, por lo que, nos encontramos ante un “paisaje ausente” y a la vez ante un registro, a nuestros ojos, aún intangible.